



MARÍA TERESA ROMERO. *La lucha que no acaba. Vida política de Rafael Guerra Ramos.* Caracas, Fanarte, C.A. Primera edición, 2017. 279 pp.

N° 45

REVISTA DE HISTORIA. Año 23, Enero-Junio, 2018

ISAAC LÓPEZ

ESCUELA DE HISTORIA. UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
isaacabraham75@gmail.com

El escritor no tenía más que el universo y para tomarlo, para poseerlo, para no sentirse excluido, debía hacerse de él a través de la palabra, congelando las imágenes liberadoras, dándole a las cosas su quintaesencia.
Isaac Goldemberg. *El gran libro de la América judía.*

En Venezuela son escasos los esfuerzos que tanto bibliófilos, como historiadores dedicados al tema, han realizado para la construcción de obras de referencia y valoraciones de conjunto sobre la extensa historiografía existente en torno a la izquierda nacional. Trabajos que nos permitan conocer –más allá de radicalismos, fanatismos y sectarismos de la hora– el devenir de las ideas, sucesos fundamentales, propuestas y proyectos, entronques y vinculaciones entre quienes ayer y hoy se autocalifican como comunistas y socialistas. En un país donde la madurez de los estudios de historia puede calibrarse –entre otros asuntos– por la escasez de repertorios bibliográficos sobre temas específicos, donde los catálogos e índices de los centros bibliotecarios se encuentran desfasados respecto a la producción y no existen

boletines periódicos del ingreso a depósito legal, hacer investigación rigurosa y sistemática comporta cada día más graves limitaciones. Además de una obra pionera como la de Germán Carrera Damas (UCV, 1967), no existen trabajos dirigidos a hurgar en la historiografía marxista venezolana, aspecto fundamental en el panorama de la historia de las ideas en el país.

Lejos del trabajo que se espera, imbuidos en el presentismo, afán exhibicionista y de notoriedad, muchos de nuestros historiadores han optado por una postura intelectual oportunista, aún en el frágil sistema de libertades en el cual vivimos: hacer oposición política al régimen desde su oficio como garantía de reconocimiento en sectores que antes les desdeñaron y dieron preferencia a opinadores provenientes de la ciencia política o la literatura. Eso, partiendo del supuesto interés de los venezolanos por la historia. Una operación que, si bien ha favorecido la proyección de nombres ya destacados por la calidad profesional y la amenidad como los de Pino Iturrieta, Caballero, Quintero o Straka, ha permitido también la profusión de *historiadores-opinantes* sobre la realidad política nacional en medios y redes, que despiertan la atención al solo nombrarse su profesión, pero que al poco de su comparecencia hacen se abra paso la decepción y el aburrimiento. Si bien es cierto que los medios de aquí y de allá exigen *divos del espectáculo*, que no reflexión y análisis. Dejando de lado a veces la rigurosidad del oficio, los historiadores venezolanos -fieles o adversos al régimen- se juegan la carta de la exhibición, lo cual comporta no pocos riesgos para la Historia. Nada más alejado del hacer profesional que la construcción de un relato o una interpretación acomodados a la militancia partidista o a la demanda de los medios.

Sirva la mención de estos aspectos: la carencia de repertorios bibliográficos sobre determinados temas, la inexistencia de valoraciones de conjunto sobre la historiografía marxista venezolana de los últimos cincuenta años y la presencia de los historiadores en el debate político nacional, para encarar la lectura de un texto de reciente edición, la biografía política de Rafael Guerra Ramos realizada por la politóloga María Teresa Romero, texto que llegó a nuestras manos gracias a la cordialidad de la Profesora Mercedes Ruiz Tirado.

La Lucha que no acaba. Vida política de Rafael Guerra Ramos es un testimonio de principal interés para la historia de la izquierda vernácula. Esa izquierda de prosapia, que quizás se sienta compelida a contar *su verdad* frente a los desmanes del régimen chavista, apoyado también por una parte de esa izquierda y por sus descendientes. De Diego Salazar a Diego Salazar. En esta misma línea textos como los de Américo Martín *Memorias* (Libros Marcados, 2012-13), Rafael Elinio Martínez *Conversaciones secretas. Los*

primeros intentos de Cuba por acabar con la democracia en Venezuela (Libros Marcados, 2013), Víctor Hugo D'Paola *Una vida en la izquierda. Memorias políticas* (Miguel Ángel García e hijos, 2014), o Héctor Rodríguez Bauza *Ida y vuelta a la utopía. Confidencias y revelaciones políticas de uno de los líderes del Buró Político del PCV* (Editorial Punto, 2015), entre otros. Una veta de la historiografía marxista que ya requiere también ajustada definición y caracterización.

La autora de esta biografía política, María Teresa Romero (Caracas, 1955) es Doctora en Ciencias Políticas, especialista en Política Latinoamericana y Licenciada en Comunicación Social, Profesora Jubilada de la Escuela de Estudios Internacionales de la Universidad Central de Venezuela e instructora de cursos en Miami Dade College, en Florida. Fue directora de revistas como *Política Internacional*, *Venezuela Analítica* y *Visión Venezolana*, columnista de *El Universal* y de las páginas web *Infolatam* y *Panampost*, y autora de libros como *El enigma SAC: travesía vital de Simón Alberto Consalvi*; *Venezuela en defensa de su democracia: el caso de la Doctrina Betancourt* y *Biografía de Rómulo Betancourt*, entre otros.

La lucha que no acaba. Vida política de Rafael Guerra Ramos, con prólogo del analista político Moisés Naim, se divide en nueve partes, a saber: De entrada, un político de los que quedan pocos; Érase una vez un campesino de los llanos orientales que resolvió convertirse en comunista en la capital; La política en serio: cárcel, exilio, clandestinidad; Perdidos en el laberinto de la lucha armada; Un nuevo político en el juego democrático; A manera de epílogo, mirando al futuro; Fotografías; Testimonios; y Agradecimientos.

Construido fundamentalmente a partir de conversaciones con el veterano político y activista de ochenta y seis años, miembro del Partido Comunista de Venezuela (PCV) y luego del Movimiento al Socialismo (MAS), el texto se nutre también de citas de algunos libros y de testimonios de gentes cercanas en diversos momentos a la actividad de Guerra Ramos, que confirman o subrayan sus formulaciones. Además de valoraciones de Alberto Barrera Tyszka, Thayz Peñalver y Luis Zelkowicz sobre la trayectoria del biografiado.

El aporte significativo del libro es la palabra comprometida de Guerra Ramos. Romero hilvana la historia de vida, desde el nacimiento en el pueblo anzoatiguense El Alacrán en mayo de 1930 y la posterior instalación de la familia en Pariaguán, hasta la mudanza a Caracas en 1946 y formación militante en el Partido Comunista de Venezuela, activismo político como estudiante en el Liceo Fermín Toro, tareas de formación de cuadros y organización partidista que lo llevaron a unir voluntades y esfuerzos con Luis

Navarrete, David Esteller, los hermanos Darío y Luis Lancini, Argelia Laya o Rafael Elino Martínez, actuación contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, participación en la Lucha Armada, torturas sufridas en dictadura y en democracia, reorganización del PCV en el estado Lara, trabajo como diputado en el Congreso Nacional, disputas y controversias al seno de las organizaciones de izquierda, escisión del Partido Comunista en 1971 y progresivo declive del Movimiento al Socialismo, en el cual culminó su militancia. En Guerra Ramos un político de fina madera, un político de honor, que si los hubo en este país. Su consecuencia y verticalidad ética son un ejemplo para un tiempo donde todas las brújulas están extraviadas, donde a la gente cada vez más le cuesta distinguir entre las actitudes de los representantes del régimen y las de la oposición, donde todo parece negociable, la actividad política se pretende en redes y maquinarias publicitarias, y no junto a la cotidianidad de la gente.

Alejado siempre del espectro publicitario de la política, Rafael Guerra Ramos participó en variedad de procesos de nuestra historia reciente como lo muestra la relación anterior. Uno de sus desempeños que más llamó nuestra atención, entre los expuestos en este libro, fue el de Diputado al Congreso Nacional durante las décadas de los setenta, ochenta y noventa del siglo XX, es decir en el preludio de este amargo hoy.

Guerra Ramos fue miembro de comisiones legislativas cuyas investigaciones llevaron al esclarecimiento, apresamiento y juzgamiento de los ejecutantes de acciones como: el asesinato del joven abogado *masista* Ángel Alberto Aguilar Serrada, torturado por agentes de la Dirección de Inteligencia Militar (DIM) en 1974, cuando trataban de implicarlo en la muerte de Carlos Alberto Núñez Tenorio, exguerrillero, exconfidente del DIM y en ese momento inspector de ese cuerpo (pp. 211-212); el asesinato en 1976 de Jorge Rodríguez –padre de dos figuras fundamentales del régimen chavista: Jorge y Delsy Rodríguez-, secretario general de la Liga Socialista, torturado por miembros de la Dirección General Sectorial de Servicios de Inteligencia y Prevención (DISIP) para hacerlo confesar su participación en el secuestro del industrial norteamericano W.F. Niehous (pp. 212-213); y el crimen del inspector Luis Alberto Ballarales en 1984, en el cual se evidenció la “inescrupulosa corrupción y descomposición moral” que permeaba a la Policía Técnica Judicial (PTJ) (pp. 213-214).

También fue parte de la Comisión del Congreso Nacional investigadora del “caso de los pozos de la muerte” en 1986, en la cual se estableció la responsabilidad de la PTJ en el ajusticiamiento de delincuentes y la desaparición de sus cuerpos en el estado Zulia. Proceso que fue cerrado sin llegar a

conclusiones finales por el “entonces juez quinto de primera instancia Iván Rincón Urdaneta, con fuertes vínculos amistosos con la PTJ”, y quien con el correr de los años se haría “ficha esencial del régimen chavista”, siendo embajador de Venezuela en la Santa Sede y el Colombia, “desde donde ha denunciado varios intentos de golpe de estado contra Nicolás Maduro”. (pp. 2214-217).

Igualmente, Rafael Guerra Ramos participó en la investigación del llamado “Caso Tablante” de 1991, cuando se verificó que el diputado del MAS, Carlos Tablante, sostenía vínculos de subordinación con altos funcionarios de la DISIP y en particular con su director Porfirio Valera, recibiendo a cambio “dinero, vehículos y otras prebendas”, asunto que fue sellado por la mayoría de los diputados, pero que ocasionó el disgusto y fraccionamiento dentro de la organización política a la cual pertenecían Tablante y Guerra Ramos. Este último sostuvo posición contraria a lo que consideró una falta de ética y honor de su compañero de partido. Sobre este particular el libro incluye fragmentos de una emotiva carta de José Ignacio Cabrujas a Guerra Ramos. (pp. 222-223). Como sabemos, producto de la “coherencia y verticalidad” de Carlos Tablante –Ybéyise Pacheco, *dixit*, p. 216- es el texto *El Estado Delincuente: Cómo actúa la delincuencia organizada en Venezuela*, escrito junto a Marcos Tarre y publicado por Editorial Melvin en 2013, informe de acusaciones contra altos personeros del régimen chavista con prólogo del juez español Baltazar Garzón.

Casos como los concisamente descritos muestran la descomposición policial y política de un país, casos que habría que sumar a los muy difundidos en los medios como: la adquisición de un conjunto de rústicos en la cual se vieron involucrados entre otros el ministro J.A. Ciliberto y la secretaria privada del Presidente Jaime Lusinchi; los vicios en la licitación de repotenciación de dos fragatas misilísticas de la armada venezolana por la empresa Margold; los vínculos de las policías venezolanas en el tráfico de estupefacientes que llevaron a la detención del exgobernador y exviceministro del Interior Adolfo Ramírez Torres; los tratos ilícitos en el otorgamiento de divisas de RECADI, la denuncia de Camilo Lamaletto contra Braulio Jattar y Douglas Dager, Presidente de la Comisión de Contraloría del Congreso, por extorsión; o el tráfico de influencias y contrabando de oro en el caso Cecilia Matos, exsecretaria del Presidente Pérez, todos de los finales de los 80 e inicios de los 90, los cuales configuran el antecedente inmediato para que gruesos sectores de la población, hastiados de corrupción e impunidad, optaran por llevar a la dirección del país al vengador de Sabaneta.

El rico anecdótico de Guerra Ramos y la buena prosa de Romero atrapan al lector en *La lucha que no acaba*. Sin embargo, llama la atención la actuación de la autora frente a su protagonista. La investigadora acepta el alegato del político sin resistencia, cuestionamiento, ni duda, aun cuando en algunos momentos se inquiera con cierta ironía sobre su consecuencia en la militancia comunista. El texto parte de aquello que Carrera Damas llamó *el criterio de autoridad del testigo perfecto*, (*Historiografía marxista venezolana y otros temas*. UCV, 1967, p. 125). Si lo dice el protagonista esa es la verdad de la historia. A menos que se trate de un libro de encargo. En todo caso, María Teresa Romero debió dejar establecido que esa era la versión de su entrevistado, su relato y justificación, y que su papel era sólo el de construir la semblanza.

Hay diagnósticos y señalamientos puntuales en este libro: “*Con gran capacidad actuarial y de manipulación, Hugo Chávez tuvo la insuperable habilidad de utilizar los gigantescos recursos que tuvo a la mano para lograr su obra maestra: desarrollar el parasitismo social al máximo, corromper a fondo a sus servidores militares y civiles, convirtiendo las instituciones del estado en instrumentos al servicio de sus fantasías “revolucionarias”. Repartió adulancia y dinero para todo el que se sentía herido y menospreciado. No es difícil con poder, dinero, maldad y astucia hacer lo que hizo ese militar con los chavistas...*” (p. 114).

Algunos de los pasajes son terribles, como cuando relata las torturas en la cárcel en 1966, en pleno gobierno de Raúl Leoni: “*Quedé adolorido con los golpes sobre las costillas y el estómago. Había oscuridad total. Sentí las paredes heladas, igual que el piso...*” (p. 151) o “*Me quedé callado un rato. El militar insistió. Lo vi de frente y le dije que si mi vida estaba en sus manos mi deseo era terminar de una vez, porque era un deshonor militar hacer lo que están haciendo conmigo, y le mostré las quemaduras y las llagas en las nalgas, el pubis, la entrepierna y en el pene. Nos volvimos a ver a los ojos. Se paró y llamó al teniente Bajares y al civil. Me subí lentamente los pantalones. Le ordenó al civil que me examinara y salió con el teniente Bajares y otro militar...*” (p. 155) Mientras frente al chavismo y sus excesos hay críticas y cuestionamientos, en estos casos sólo hay narración.

Rafael Guerra Ramos nos dice desde su casa y escritorio, desde una posición que comparte con muchos que vienen de la decepción, ante la inquisición prejuiciada de su entrevistadora y en un país donde la izquierda dejó de ser opción: “*Eso de izquierda y derecha, hoy en día, no me convence. Lo que sí te puedo decir es que yo sigo creyendo y luchando por los principios de la democracia, los derechos humanos, la libertad, la propiedad, la iniciativa privada, así como en la defensa y reivindicación de los más pobres y desposeídos*

de la sociedad. Creo en una democracia liberal con rostro humano. Si eso se llama ser de izquierda, pues sigo siéndolo. Si eso se llama ser de derecha, pues soy de derecha. La verdad es que la distinción izquierda-derecha ya es obsoleta y a estas alturas de mi existencia no me importa cómo la gente me clasifique.” (p. 21)

En 1994, en su indispensable libro *La utopía desarmada*, el analista e investigador mexicano Jorge G. Castañeda señalaba: *“Aunque al igual que cada dos o tres décadas, se ha puesto de moda despreciar la importancia de términos como izquierda o derecha en el “nuevo orden mundial”, no todos los interesados comparten este punto de vista. En buena medida porque no es cierto. Como Carlos Fuentes ha dicho: “Lejos de disolverse en la euforia del capitalismo triunfante, la significación de derecha e izquierda se hace cada vez más neta... Pero donde la distinción entre izquierda y derecha se vislumbra más necesaria, es en nuestra América Latina”.*” (pág. 24) Ante la debacle de la izquierda latinoamericana que presenciamos comparto la opinión del canciller de Vicente Fox y autor de la mejor biografía del Ché Guevara.

Lamentables errores se detectan en este texto de María Teresa Romero. Que Moisés Naím exprese en el prólogo que: *“En 1969, el socialcristiano Rafael Caldera, recibió el mando, pacíficamente, de manos de Rómulo Betancourt, un presidente socialdemócrata, el líder de un partido opuesto.”* (p. 10); cuando fue la presidencia de Raúl Leoni (1964-1969) la que antecedió la primera del líder fundador de COPEI, y por tanto fue el político nacido en Ciudad Bolívar quien le entregó la banda presidencial a Caldera; o que la propia autora señale que: *“...El Tocuyo, considerada la ciudad madre de Venezuela, no solo porque después de su fundación por Juan Carvajal en 1545 se le asignó el rango de Capital de la Capitanía General de Venezuela entre 1546 y 1548...”* (pp. 122-123), cuando la Capitanía General se instaura en 1777, son asuntos de exigencia que no se pueden dejar pasar en un libro como este. Errores que suponemos fueron corregidos para posterior edición.

Libro de lectura amena, grata. Conforta saber que en este país ha existido gente como Rafael Guerra Ramos, cuando pareciera que toda nuestra historia reciente es fraude, corrupción, artimaña. Este texto es una invitación a la comprensión del proceso político en el cual estamos sumergidos, proceso que no comienza precisamente con las intentonas golpistas de 1992 y con la llegada al poder de Hugo Chávez en 1999. La memoria no puede ser corta, no para los historiadores que deben ser faro en medio de tanta oscurana. Flaco favor le hace muchos historiadores al país cuando por ganarse el favor de ciertos medios y aparecer en sus espacios se empeñan en señalar el origen del desastre que vivimos en la construcción de un proyecto socialista o en la izquierda nacional. Sin negar la responsabilidad que parte

de los sectores de izquierda ha tenido en el proyecto chavista, reducir la explicación sólo al régimen instaurado progresivamente a partir de 1999 no parece ciertamente una postura histórica. La comprensión seria del devenir político venezolano es un asunto de sobrevivencia para la democracia en el país, de allí que no consideremos impertinente la participación de los historiadores en el debate público, el problema es cuando dejan de serlo para convertirse en militantes complacientes de los sectores en pugna. Intentar comprender lo que el sociólogo Miguel Ángel Campos denomina *el origen más cercano* es una obligación para los historiadores venezolanos verdaderamente comprometidos con su oficio y con la grave realidad de su país.

MÉRIDA, ABRIL DE 2018

Nº 45

●
REVISTA DE HISTORIA. Año 23, Enero-Junio, 2018